



Reseña

Gregorio Gil, Carmen y García Peral, Blanca (2023). *Etnografía y Feminismos. Restituyendo saberes y prácticas de investigación*. Ciudad: Bern. Editorial: Editorial Científica Internacional, Peter Lang Group

Isabel Ralero Rojas

Recibido: 29/01/2024

Aceptado: 21/12/2024

Como una especie de oasis posicionado en la filosofía de los cuidados, este monográfico nos adentra en la diversidad feminista y sus múltiples miradas, vinculando la definición de calidad, humanidad y naufragio, frente al androcentrismo académico, con el concepto de autovigilancia. Vigilarlos para no caer en las vorágines que nos impiden profundizar, incluir, ampliar, pararnos y asumir, asentir y reconocernos, proyectar de otra manera, salirnos del redil.

Tras su lectura es inevitable reflexionar sobre la posible conexión existente entre estos tiempos y maneras de hacer impuestas y la ruptura de nuestra capacidad inclusiva como movimiento feminista. Hasta qué punto no están relacionadas las mecánicas perniciosas de lo académico con la dimensión política de lo que hacemos y decimos, incluso con su uso partidista. En ese “todo está relacionado”, en esta necesidad abrumadora de parar, escucharnos, sentirnos, desde todos estos lugares que se asienten y reconocen en el libro -un lugar de por sí actualmente privilegiado frente al inhóspito e impactante artículo-, nos rehacemos y reconocemos como partes también de este todo.

Según se avanza en su gustosa lectura se impone la fórmula de compendio para poder aproximarnos a la necesidad de comprender. Y nos obliga a repensar: en

Isabel Ralero Rojas es doctora en Antropología Social y Cultural y profesora de Antropología en la UCLM. Ha trabajado durante más de una década en procesos comunitarios de barrio y acompañado acciones protagonizadas por mujeres en situación de vulnerabilidad, además de coordinar espacios formativos sobre mujer y patrimonio.

Cómo citar este artículo: Ralero, Isabel (2025). Reseña: Gregorio Gil, Carmen y García Peral, Blanca (2023). *Etnografía y Feminismos. Restituyendo saberes y prácticas de investigación*. Ciudad: Bern. Editorial: Editorial Científica Internacional, Peter Lang Group. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 10 (1), 02-11. doi: <https://dx.doi.org/10.17979/arief.2025.10.1.10344>

qué momento perdimos de vista la complejidad y nos lanzamos a pagar el peaje del impacto: construir más de quinientas páginas de forma colectiva, cuidada e inclusiva, en estos tiempos, es algo más que un acto de rebeldía. Como expresa en su epílogo final Herminia González, se trata de la capacidad para ver la periferia, para acompañar esa mirada y para construir desde ella. Como expresa Carmen Gregorio al comienzo, -mientras nos muestra detalladamente las “entrañas” del libro-, para “pensar con cuidado” y alejarnos de la mercantilización del conocimiento. Cuidar de nuestros vínculos relacionales con las personas, no *vendibles*, como centros de nuestras investigaciones, e incluso dejar de lado otros binarismos del conocimiento: academia/activismo, que tanto daño ha causado a la Antropología como ciencia transformadora y a sus posibles contribuciones a la desestabilización de las relaciones de poder existentes en los procesos de investigación.

¿Cuánto de periferia tiene que habitar en nuestro feminismo? ¿Qué y quiénes nos sirven de apoyo intelectual y personal en estos caminos? ¿Cómo reconstruimos nuestro dolor a través de imágenes compartidas? ¿Cómo mirar de otra manera para que nuestras investigaciones se conviertan, para nosotras mismas, en oasis que *nos permitimos*? ¿cómo nos sentimos como investigadoras feministas en esa marginalidad que nos ubica entre el activismo y la academia? ¿cómo digerimos esos tránsitos por lo aplicado, hacia la transformación deseada del feminismo?

Algunas respuestas o vías a indagar las encontramos en los trabajos que nos permiten reconstruir memorias a través de nuevas metodologías con las que *armarnos* para poder romper silencios, hacer poesía con herbarios, repensar la relación entre lo humano y lo animal desde una perspectiva afectiva con impacto en la construcción de la alteridad; acompañar y nutrirnos de esa narrativa de los bordados colectivos que rompe con la mirada esencialista, o dibujar nuevas autoetnografías sanadoras, valientes y comprometidas; aproximarnos sin complejos hacia esa “ética de la lucha” que nos recoloca en personas y profesionales implicadas en intereses colectivos.

Lo que subyace a este libro, cuando lo dejas reposar y la memoria recompone sus hilos interpretativos, es un poso dulce de alegato a nuestra subjetividad y

resistencia a las lógicas dominantes opacas, cerradas, que dicen lo que tienen que decir y hacen lo que tienen que hacer. Aquí se abre paso en cambio una libertad repleta de vulnerabilidades bidireccionales, que nos ubican en una honesta posición de igualdad con respecto a nuestros “sujetos” de estudio. De forma transversal, se entiende cómo el feminismo académico empieza por su propia deconstrucción, por la difusión de fronteras epistemológicas y sensoriales, por el cuestionamiento de lo dado y la entrada de posiciones y planteamientos diversos con los que reconstruir desde cero ese “puchero metodológico” con el que recoger y cuidar memorias e identidades cambiantes, incluyendo en éstas las propias.

Romper en cambio no significa olvidar. En ese sentido, resulta muy interesante recuperar categorías que siguen siendo fundamentales como el de clase trabajadora. Visibilizar las diversidades sexogenéricas en ámbitos tecnológicos. Revisitar campos como el Trabajo Social desde etnografías feministas. Permitirnos abandonar también, por qué no, posiciones militantes para habitar espacios emocionales que prescindan de la lucha. Volver a evidenciar los “amos que nos habitan” en nuestros procesos. Investigar el dolor y transitar por esos espacios de relaciones intersubjetivas.

Además de toda esa riqueza interpretativa y argumental existente que nos aporta cada capítulo y cada trabajo, hay cuatro grandes aprendizajes que merece la pena resaltar, y que destacan siguiendo la misma línea de coherencia con el libro, atendiendo a su propia organización interna:

El primero de estos aprendizajes lo conformaría la creatividad y la búsqueda de la belleza en los procesos de investigación etnográficos como fórmulas de construcción de narrativas subalternas, que de forma cuidada rompen silencios, crean diálogos y transitan por lugares reconquistados desde la mirada feminista. Lo encuentras, si bien salpica todo el libro, especialmente en su primera parte: Reescribir. Rasgar silencios, testimoniar y narrar.

El primer trabajo de Esperanza Jorge Barbuzano e Inmaculada Antolínez Domínguez, *Narrar cuando se impone el silencio. La palabra viajada en el borde del*

objetivo de una cámara de vídeo, observamos cómo a través de narrativas creativas generadas como un proceso en donde ellas, mujeres nigerianas migrantes, van construyendo sus propios sentidos de la investigación, se van rompiendo silencios y estableciendo diálogos audiovisuales entre diferentes partes del itinerario. Allí afloran nombres para las violencias, colores y política desde donde colocar lo ocurrido. El cuidado artesanal del material etnográfico recogido, atendiendo a su valor humano y elevándolo a arte con otras aportaciones o mediaciones profesionales, el proceso de investigación se convierte en producción artística “útil a su mandato y a sus luchas”.

Por su parte, Melissa Chacón, en *Reconociendo las geografías emocionales del desplazamiento en Colombia: diálogos a través de la imagen y la memoria*, nos plantea cómo opera esa naturalización de la injusticia y la violencia en nuestros propios contextos, mientras que en *otros* nos extrañan y nos pueden doler o apelar incluso más que *los nuestros*. Una vez que esto se plantea de manera consciente, este diálogo entre lo propio y lo ajeno se vuelve más intuitivo y complejo. La autora comparte además los detalles de una investigación íntima co-construida con mujeres migrantes en Bogotá, en un proceso de reconstrucción de sus mapas emocionales a través de técnicas participativas basadas en la IAP (Investigación-Acción Participativa), desde donde facilita el uso de imágenes como “objetos emocionales”, herramientas “llave” para interpretar sus propios desplazamientos. Este aprendizaje mutuo supone una metodología colaborativa basada en el “intercambio de saberes” en donde la investigadora se posiciona como una “sujeta más”.

Ana Fernández Fernández en *Herbario: Poesía y Meighería desde os coñecementos subalternos de as mulleres rurais galegas*, se aleja de manera explícita de cualquier pretensión positivista, construyendo una verdad narrativa y subjetiva posicionada en la búsqueda de la memoria común de mujeres de Santa Cristina de Fecha. Desde el conocimiento subalterno de estas mujeres y el tránsito naturalizado por la vereda de “lo personal es siempre teórico y lo teórico afecta a lo personal” se acepta a sí misma en este camino como heredera “de la desmemoria impuesta por la colonización cultural”. En rebeldía ante el *cosmocapitalismo* y los mercados globales, toma la escritura poética como vía de

expresión simbólica, como ritualidad propia del proceso de investigación que desembarca en una invocación que “no puede ser comprendido con la cabeza”. Al leer a María Viñolo Berenguel y su trabajo: *Bordado colectivo, entretejer una etnografía de la vejez en Gangi*, no he podido evitar trasladar mi memoria hacia algún espacio vivido, en donde se menospreciaban estas labores domésticas por contribuir a perpetuar la dominación masculina. Cuando se pregunta cómo hacer para visibilizar el valor cognoscitivo de estos saberes y prácticas feminizadas desde una perspectiva no esencialista, sin pretenderlo, focaliza en una de las claves para el avance feminista en comunidades no solo rurales, sino también urbanas, donde estas prácticas se están convirtiendo en rebeldes hitos colectivos de modernidad. Ese aprovechamiento del conocimiento técnico y la resignificación desde el arte moderno de estas artesanías ha posicionado al tejido como narrativa de resistencia que nos permite “ser y acompañar”, cuidar y ser cuidadas, *envejecer juntas* de forma proactiva, generar símbolos de pertenencia al territorio de forma subversiva. Saber mirar de otra manera las prácticas religiosas, apreciando la politización del espacio religioso de las mujeres gangitanas a través de procesos creativos que también les posibilitan su apropiación cultural.

La segunda parte del libro, *Escribir desde la experiencia descarnada*, se compone de una serie de trabajos autoetnográficos con planteamientos ciertamente rompedores que, de forma también paradójica, nos recuerdan problemáticas clásicas en la Antropología. En este apartado aprendemos a transitar en las arenas movedizas de lo emocional como motores reconocidos de nuestras etnografías, y nos observamos también como protagonistas del universo simbólico que hemos creado en torno a ellas.

Así, María Alonso en *¿Escribir ciencia desde mi lugar lésbico y feminista?*, nos vuelve a ubicar en ese lugar incómodo que supone ser “parte de”, practicar la antropología nativa. Hacerlo desde el mundo emocional que se despierta en nosotras cada vez que lo hacemos. Esto se complejiza si estos lugares desde los que escribimos aún suponen “circuitos de vergüenza” y miedo al desprestigio académico o/y al rechazo de las nuestras, por hallarnos cara a cara con lógicas de homofobia interiorizada. Cómo ello implica “salirse de” también del

binarismo reduccionista y hacer frente al enfado que ello nos suscita, a la pérdida y la tristeza.

Desde el trabajo planteado por Ana Álvarez Borrero y su *Encarnando la etnografía: Escribir sobre el trastorno de ansiedad generalizada* obtenemos una perspectiva alejada de la patología tradicional, entendida como un proceso holístico y cambiante que cobra forma a través de una autoetnografía también subversiva que nos permite reconocernos vulnerables en nuestra corporalidad. Así el descontrol emocional pervierte, angustia y deja fuera del “imperio neoliberal de la felicidad” a las personas que lo experimentan, mientras también supone una construcción social y por lo tanto también compartida. La autora apela a la necesidad de una “antropología encarnada” que se aleje de la fragmentación del cuerpo en síntomas y permita narraciones radicales en primera persona.

También desde el terreno de la Salud, Victoria Fernández Sánchez en *Viviendo entre mi proceso oncológico y de investigación* se sitúa como “sujeto de estudio por conocer”, con una metodología ubicada en las fisuras entre el conocimiento autorizado y las epistemologías desautorizadas. Transitando desde ese “cuerpo enfermo sin capacidad de autorrepresentación” que destruye las imágenes de persona sana desde un discurso biomédico dominante (y machista), la autora senti-pensante se redefine desde su autonomía personal y la reificación de la enfermedad frente a esta autoridad, investigando para resistir, para comprender su propia presencia en el mundo de la enfermedad. De nuevo, una dimensión práctica de la etnografía que se convierte en grito de supervivencia.

Siguiendo con ese “habitar la etnografía”, Laura Sánchez Mera emplea el plural para hablar como trabajadoras en fábricas de envasado, vinculando las relaciones de género con la categoría de clase e inmigración dentro de un contexto rural y agrícola. En *Escribir para que el cuerpo no duela: politizar el dolor, la vergüenza y el miedo desde el género, la clase y la ruralidad*, denuncia tanto la explotación laboral como al feminismo “ciego a la clase”. Nos hace caminar a través del papel que la “rabia” puede tener en estos procesos que “expropian estas emociones del silencio individual” para reconstruir memorias emocionales colectivas.

El aprendizaje de la tercera parte, dedicada a Coescritura. Etnografías colaborativas y activistas, tiene que ver especialmente con la manera en la que combinamos lo personal con lo profesional, estableciendo este vínculo, no de cualquier forma, sino desde nuestra implicación política en aquello que somos o conforma nuestro mapa de convicciones. En este camino, el cuestionamiento de lo establecido se lleva a cabo de forma conmovedora y radicalmente necesaria por parte de Amets Suess Schwend *Ética de la despatologización: un enfoque en proceso*.

Cristina García López, en *Investigar en espacios propios: afectos y vulnerabilidades en la investigación feminista*, reflexiona sobre la horizontalidad necesaria en tales procesos, y cómo ésta no se encuentra tanto en pertenecer o estar dentro de, sino en la manera en la que nos relacionamos y fluimos con las diferentes formas de participar. Pone en completa relación reflexividad y cuidados, actuando éstos como guía metodológica desde donde avanzar, parar o cuestionar.

Lola Martínez-Pozo, a partir de un original y reflexivo trabajo en *Hackear las tecnologías de producción de conocimiento científico* nos ayuda a entender la etnografía feminista como una forma de *dinamitar* la producción hegemónica del conocimiento científico. Es un alegato radical de posicionamiento en favor de una antropología dialógica y la articulación de los *conocimientos otros*, sin temor alguno a desestabilizar los propios mecanismos científicos de validación.

Diego Mendoza Albalat complejiza aún más la cuestión metodológica: *Investigar desde el activismo disidente sexual y de género en andalucía: mi puchero metodológico mestizaje*, hace una contribución ecléctica de metodologías, miradas y herramientas desde donde llevar a cabo etnografías mestizas tanto en formatos como en técnicas o posiciones. Desde esa “conciencia del mestizaje” o “metodologías del apaño” para concebir la investigación nos va dejando ver su trabajo sobre disidencia sexual y de género en el territorio andaluz.

Ariana S. Cota en *Militancia de investigación junto a mi grupo político. Lo que aprendo con la etnografía feminista*, aporta la doble condición de *compañera e investigadora*, así como los retos y complejidades que esta doble condición impone en un

proceso también dual lleno de encrucijadas y tensiones sobre esa “militancia de investigación” que pretende contribuir a procesos de subjetivación política en donde la desigualdad o la injusticia social requiere de acción transformadora.

Por último, en la cuarta y última parte, aterrizamos en esos lugares comunes que nos proporciona la interdisciplinariedad, y que tan brillantemente analizan autoras como Paula Pérez Sanz, incorporando la perspectiva feminista en el *derecho a la ciudad*, o las aportaciones poliédricas de Doris Quiñimil y María Espinosa a la hora de retomar temáticas como la descolonización feminista o el dolor en la práctica etnográfica. Estos aprendizajes sin duda nos permiten, tal como se nombra el apartado, *(In)corporar la etnografía en el tránsito por lugares comunes*.

Así, Ana Alcázar Campos, en *Deconstruyendo el paradigma positivista a través de la etnografía feminista* nos permite profundizar en aprendizajes encarnados desde el trabajo social analizando a través de diferentes experiencias la necesidad de establecer un diálogo de saberes entre el trabajo social y la antropología; esto lo plantea atendiendo a la crítica feminista existente a ambos lados. En esta confluencia, nos muestra cómo la etnografía feminista nos ayuda a rescatar y legitimar *saberes otros*, a introducir el análisis y el cuestionamiento en el centro de nuestras intervenciones y a hacernos más conscientes de las relaciones de poder que generamos tanto en la intervención como en los procesos de investigación.

Arrate Gutiérrez Gómez en *Dis- othering y reflexividad relacional: integrando conflictos y miedos identitarios, éticos y políticos en la etnografía*, analiza su proceso de investigación poniéndolo en relación con su propia identidad. Observando y participando en la narrativa y técnicas performativas procedentes de “El miedo va a cambiar de bando”, en un contexto vasco de específica complejidad, nos comparte el profundo ejercicio de indagar en su propio posicionamiento, pasando a comprenderse y ubicarse en un entramado de significados diversos: desde cierta censura, vergüenza o sentimiento de ilegitimidad.

En definitiva, un libro imprescindible para seguir avanzando hacia un feminismo

más rico y diverso, permeable a la creatividad metodológica, que difumine sus fronteras y amplíe su capacidad inclusiva hacia todo lo imaginable. Mucho por reconstruir, visibilizar, también mucho por crear. Memorias individuales y colectivas que sin saberse feministas esperan en lugares recónditos, desposeídos, soñados, creídos, asumidos o negados. Para transitar por ahí requerimos de oasis como éste que nos permitan coger fuerzas, respirar, cuidarnos y seguir desdibujando barreras.

Bibliografía

García Peral, B y Gregorio Gil, G. (eds.) (2023). *Etnografía y feminismos. Restituyendo saberes y prácticas de investigación*. Editorial Peter Lang.

Gregorio Gil, Carmen (2023). Antropología feminista y etnografía: la perspectiva autoetnográfica, en *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol. 18 n° 1, pp. 115-138.